sitio preferido, repitiéndose esto varias veces, con lo que todos se persuadieron de que era voluntad de la Virgen el que se le construyese casa allí mismo, donde había querido aparecerse» (5).

Más allá de la leyenda existen testimonios de que en esos lugares y por esas fechas, cercanas a la aparición, acudían numerosos peregrinos a aquel sitio con el único fin de honrar a la Madre de Dios. Obligados por la situación, los pueblos de Oñate y Mondragón unidos abrieron un camino de acceso al lugar que antes era casi infranqueable.

Pronto se organizó una vida religiosa totalmente fiable. «Custodias de la Virgen y de su primera ermita fueron, en un principio, unas piadosas mujeres a las que llamaban señoras». «Vinieron luego los mercedarios. Al marcharse éstos se formó una comunidad de inspiración franciscana, la cual se pasó luego a los dominicos». «Tras un largo pleito por la posesión de la casa, que se sustanció en la Rota Romana, entraron por fin los franciscanos observantes, que desde 1514 (con el paréntesis de la exclaustración de Mendizábal) custodian ininterrumpidamente el célebre santuario, que es lugar de peregrinaciones sobre todo del País Vasco» (6).

Entre estos peregrinos hay que destacar a «Íñigo de Loyola que, el año 1522, después de ser herido en Pamplona, convertido al Señor en Loyola, sube a Arántzazu, hace una noche de vigilia, se consagra a Dios en castidad y marcha peregrino. Es "El Peregrino" de Arántzazu» (7).

Todos aquellos que se precien de ser vascos creyentes deben visitar el santuario e incluso tomar parte en algunas de las marchas que en plan penitencial se hacen todos los años, presididas a veces por los propios obispos.

Entre los visitantes sobresalientes, además de San Ignacio, hay que citar a San Francisco de Borja, a fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, a Fermín Francisco Lasuen y otros muchos ilustres misioneros que desde Arántzazu han partido para misiones. Escritores como Juan Antonio Ubillos, el padre Lizarralde, músicos, predicadores, etc. No en vano Arántzazu ha sido siempre y es un foco especial de piedad y cultura. Remitimos a los capítulos XVII y XVIII de la obra de fray Luis Villasante (8).

Hombres ilustres de la historia guipuzcoana han mantenido especiales relaciones con Arántzazu como Oquendo, Legazpi, Elcano, etc.

Y son también vascos quienes al emigrar de sus tierras incluso a América y Felipinas, han llevado siempre prendida de los labios la devoción a su Patrona.

Mas no por eso el santuario se ha visto ausente de especiales pruebas. Ha pasado por momentos muy aciagos, como los incendios fortuitos de 1553 y 1622 o el provocado por las tropas liberales de Iñurrigarro y Rodil en la primera Guerra Carlista de 1834. Para este último, el más peligroso, los causantes rociaron con líquidos inflamables toda la iglesia y a las cuatro de la mañana del 18 de agosto lo prendieron fuego. La imagen se salvó porque fue trasladada al pueblo de Oñati durante la noche, bajo una intensa lluvia y por los propios religiosos. Sin embargo fueron destruidas importantes obras de arte, como las imágenes talladas de exprofeso para este lugar por Gregorio Fernández.

El nuevo Arántzazu, comenzó a ser realidad a partir del 19 de octubre, cuando se inaugura la moderna iglesia. Los franciscanos vuelven en 1878 y muy pronto se construye una mejor carretera, para en 1884 ser inaugurado el vuevo convento convertido luego en Seminario Seráfico.

El siglo XX se abre con la declaración de la Virgen de Arántzazu como «Patrona de Guipúzcoa», según declaración pontificia del año 1918. Paso decisivo para convertir a Arántzazu en un centro de espiritualidad mariana de primer orden, además de lugar artístico moderno.

La actual basílica es una moderna construcción de los arquitectos Saiz Oiza y Luis Laorga. La fachada está adornada con catorce imágenes del más hondo patetismo que representan a los apóstoles y un grupo de la Piedad, realizados en 1969 por Jorge de Oteiza. La bella decoración interior del ábside se centra en el retablo de Lucio Muñoz, «centrando la pequeña imagen de la Andra Mari. Seiscientos metros cuadrados de madera labrada y policromada. Representa el paisaje originario de Arántzazu» (9).

El resto de pinturas se deben a Carlos Pascual de Lara. Las vidrieras son un trabajo especialísimo de fray Javier de Eulate. La decoración de la cripta, con relatos de la creación y de la historia humana, pertenece a Néstor Basterretxea. La puertas de acceso son obra de Eduardo Chillida.

La devoción de los fieles ha obligado a levantar más lugares de acogida a los peregrinos, casa de ejercicios y otras dependencias. El re-

sultado es un conjunto envidiable, entre los más caracterizados de España.

En junio de 1886 fue coronada canónicamente por el obispo de Vitoria, don Mariano Miguel de Gómez. Por entonces se estrenó el himno de la Virgen, creación del ilustre jesuita padre Arana.

La devoción de los vascos a su Virgen se halla tan arraigada, se vive con tal expectación, que, desde 1946 y durante muchos años, se ha transmitido la misa solemne de los domingos y días festivos por Radio San Sebastián, en emisión especialmente dedicada a los enfermos. Actualmente Radio Segura transmite la misa cantada de los domingos, más las Vísperas o Benedicta de los sábados y vísperas de fiesta y domingos a la tarde; las novenas de la Virgen de Arántzazu, San Francisco e Inmaculada y predicación especial en dos semanas de Cuaresma. Euskadi Irratia transmite la misa a las 8,30 todos los domingos y fiestas» (9).

BIBLIOGRAFÍA

Fr. Luis Villasante. O.F.M.: *Santa María de Arántzazu*. Ed. Arántzazu, 1991. Pág. 14 (1). Pág. 7 (2), (3), (4), (5) y (8). Pág. 30 (9).

Santa María de Arantzazu. Libreto de propaganda del santuario. Arántzazu, 1991. Pág. 12 (7). Pág. 8 (8).

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Pág. 22.218 (6).

Diccionario Espasa. Letra A. Pág. 753.

Luis Azpilicueta y José M.ª Domenech: *Vascongadas. Guías Anaya*. Madrid, 1994. Pág. 151.

NUESTRA SEÑORA DE JUNCAL
IRÚN (GUIPÚZCOA)

A todos nos suena el nombre de Irún, porque es uno de los lugares de referencia con que nos despedimos de España para entrar en Francia. Irún es nuestra tarjeta de visita, nuestra última ciudad con cincuenta y cinco mil habitantes.

En la línea común de todas las Vascongadas los principales monumentos pertenecen a la época moderna, construidos entre los siglos XVI y XVII. La Casa Consistorial incluso se levantó en el siglo XVIII.

Pero la juventud de los edificios no coincide con el comienzo de su profunda historia, a veces antiquísima. Es el caso de Nuestra Señora de Juncal, Patrona de la ciudad, cuya devoción hunde sus raíces en las profundidades de lo medieval. Más todavía. Esta imagen abre la cronología de las misteriosas Vírgenes Negras que se reparten por el País Vasco.

Es una imagen en la línea de las tallas románicas del siglo XII. Mide sesenta y siete centímetros. Nos presenta a la Madre de Dios en actitud sedente con su Hijo sentado en medio de su regazo, al que abraza con las dos manos, un tanto desproporcionadas. El Niño presenta en la mano izquierda una bola, mientras en la derecha muestra el signo iconográfico trinitario.

La imagen es venerada en una iglesia del gótico tardío, típicamente vasco, construida en piedra. La amplia iglesia tiene tres naves, separadas por columnas, de las que arrancan los nervios de las bóvedas estrelladas. Aunque pueda ofrecernos algunos restos anteriores, el templo hay que calificarlo del siglo XVI. En 1912 sufrió varias reformas.

El retablo mayor fue proyectado por Bartolomé Cordero y realizado por Juan Bascardo. Barroco con reminiscencias renacentistas, está pensado para que presida la venerada imagen de Ntra. Sra. de Juncal.

Como corresponde a todas las Vírgenes de la época, también a ésta le corresponde una curiosa y llamativa historia y leyenda, tan aceptada por la tradición que precisamente su nombre deriva de ella.

La imagen fue hallada escondida o tal vez anclada entre uno de los juncales que rodean el Bidasoa, el río que pasa por Irún y forma su bahía. Muy pronto fue trsaladada a una de las primitivas iglesias de Irún.

La piedad de los que allí se acercaban, la atracción de su hallazgo y los milagros que se obraban por su medio, reclamaron un templo acorde con la multitud de fieles que acudían hasta el lugar. Se pensó en una ampliación de la parroquia y comenzaron a reunirse materiales, ayudas y trabajadores para llevar adelante la obra. Pero ante la sorpresa

de todos, los materiales preparados aparecían trasladados al lugar donde la imagen había sido hallada, junto a los juncos del Bidasoa.

Por más esfuerzos que se hicieron para que las obras se realizaran en la parroquia, lugar de veneración en aquellos momentos, durante la noche volvían al juncal del hallazgo.

No fueron pocos los que dudaron de la veracidad de los hechos y, lejos de calificarlos como milagrosos, los achacaban a quienes insistían en que la Virgen debía seguir en la iglesia primitiva.

Entre todos destacó un curioso que para comprobar los hechos se escondió durante la noche entre los juncos y así poder aclarar las dudas de lo que estaba ocurriendo.

El atrevido curioso no salía de su asombro cuando pudo comprobar que los encargados de trasladar los materiales eran los propios ángeles.

Cuando quiso regresar a casa para contar lo ocurrido, lo que creía oscuridad de la noche se convirtió en lamentable castigo: ¡Estaba ciego!

Con muchas dificultades, pidiendo auxilio a gritos, pudo llegar al poblado y no tuvo otro remedio que contar lo sucedido proclamándose víctima de su propia desconfianza e incredulidad. Allí, delante de todos, pidió públicamente perdón de su osadía y atrevimiento. Hincado de rodillas delante de la sagrada imagen lloró sus pecados y pidió a la Virgen le devolviera la vista. Y la Virgen siempre madre, se lo concedió.

El hecho sirvió de detonante y estímulo para que se realizaran las obras y se construyera el nuevo templo junto a los juncales en las proximidades donde había aparecido la imagen.

A partir de un primer templo, se fueron consiguiendo sucesivas transformaciones para terminar en el templo actual, que hemos descrito, obra de dos momentos principales: principios del siglo XVI y principios del XX.

Con el tiempo, el templo se convirtió en parroquia, pero la Virgen es la Patrona de toda la ciudad. La invocan sobre todo los marineros y navegantes. Pero su mayor predicamento se halla entre los tullidos, que acuden a buscar remedio incluso desde el extranjero. Ha sido coronada canónicamente el 30 de mayo de 1954.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2.281.

Tesoros Artísticos de España. Selecciones del Reader's Digest. Madrid. Pág. 337.

LA VIRGEN DEL ROCÍO
AYAMONTE (HUELVA)

Hace muy pocos años, don José M.ª Pemán escribía:

«En esta zona marismeña, esteparia, tan poco apta para cualquier clase de cultivos, se está realizando actualmente una obra de repoblación forestal, inteligentemente llevada, que suma ya por millones los eucaliptos plantados, enraizados a la marisma como una promesa de esa riqueza en maderas y pastos. Pero el futuro industrial que surja de esta riqueza no será capaz de borrar la intensidad de color y de ruidos que el Rocío convoca cada año, atrayendo las comitivas peregrinas, romerías y caravanas con los grandes carros y los nerviosos caballos, con el repiqueteo de los "palillos" y el brillo barroco y recargado de los "simpecados", con la majestuosa gravedad de los hermanos mayores, con la mezcolanza bárbara y bellísima, pura y paradójica, de una fiesta de ambiente pagano, levemente cristianizada por la presencia de la Señora» (1).

La romería del Rocío destaca por encima de la misma imagen de la Virgen. Cuando se pregunta: «¿Vas al Rocío?», hay que entender siempre que se habla de la romería.

Las fechas elegidas, el sábado, domingo y lunes de Pentecostés, fiestas del calendario de la Iglesia, varían en relación con el año civil.

Acuden hasta un millón de personas llegadas de todo el mundo. Y no se trata de una marcha sin más, sino que nos hallamos ante un rito secular, que a pesar de los adelantos, conserva sus esencias más puras.

«Cuando llega la fiesta, vienen cofradías del Rocío, integradas por largas comitivas de carros etoldados, que durante el día albergan el bu-

llicio cantarín y reidor de las muchachas y que por las noches sirven de improvisados tiendas de campaña.»

«En torno a ellos pulula la corte de caballistas a la andaluza, con el calzón corto, donde tintinean las bellotas de plata y el flexible boto a media pierna y la inmaculada camisa con chorreras.»

«De las carretas surgen, en una fuente inextinguible por igual, vino y sevillanas sin interrupción desde la salida hasta el regreso. Con ello la presión se mantiene a una altura suficiente para que todas las molestias que la romería tiene, y que son muchas, parezcan simples incidentes coreados por una risa y broma sin descanso» (2).

En las comitivas destacan los aquí llamados «simpecados», estandartes de las distintas hermandades, que llevan grabada la imagen de la Virgen. Van unas veces portados a caballo, otras en carretas engalanadas. La presidencia de todas estas hermandades corresponde a la Hermandad de Ayamonte.

El sábado todas las hermandades desfilan por la puerta del santuario. El domingo tiene lugar la misa en el Real. Da paso a una jornada de bailes, vinos, cantes en el mejor estilo andaluz, dentro de un ambiente de auténtico delirio y que nos evoca las situaciones de las fiestas paganas que se vivían en la antigua Roma.

La noche impondrá su reinado y es entonces cuando se tiene el rezo del Santo Rosario, al que auden todas las hermandades con sus «simpecados». A partir de ahí se hace un recorrido por las distintas casas de las hermandades, donde se canta una salve.

Toda la noche es una tensa espera, porque al llegar el lunes se produce el acontecimiento más espectacular y espeluznante por religioso: el asalto al templo por los mozos en una disputada pugna para alcanzar las andas de la «Blanca Paloma» y la consecuente procesión de la Virgen. Más que una procesión de personas es una procesión de la imagen que se mueve por encima de un oleaje de cabezas que la aclaman, la rezan y la aplauden.

Estas esencias ancestrales hacen olvidar la invasión de los automóviles modernos, que se empeñan en desplazar a lo tradicional y arcaico y, en consecuencia, a lo bello.

Pasadas estas jornadas, El Rocío vuelve a su plácida tranquilidad para mirarse en las misteriosas marismas del Parque Nacional de Do-

ñana, que se abre a sus pies y que le separa del mar. Al Norte a 15 kilómetros hemos dejado Ayamonte, la capital, pues el poblado de El Rocío no pasa de 600 habitantes.

Parece ser que los hombres prehistóricos ya se fijaron en este lugar, cuando las culturas del Estrecho se intercambiaban con tanta frecuencia.

Sin embargo, el actual poblamiento se fue formando a partir de la existencia de una primera ermita dedicada a Nuestra Señora de las Rocinas. Una imagen que se veneraba sin mucha atención tal vez en el siglo XIII. Para evitar las profanaciones de los árabes esa imagen, como otras muchas, tuvo que ser ocultada.

Pasados los tiempos del olvido, el cazador Gregorio Medina, natural de Villamanrique, que se acercaba a las marismas, encontró la imagen por pura casualidad.

Desde el punto de vista histórico, la presencia en el lugar de la primera imagen parece bastante aclarada por la historia.

«Reconquistada Sevilla en 1248, el reino de Niebla no lo fue hasta 1262 por el rey Alfonso X el Sabio. Parte de este pequeño reino de Niebla eran las extensas tierras llamadas Las Rocinas, tierras de marisma, boscosas, abundantes en toda clase de caza. El rey Sabio se reservó estas tierras para sí y la Real Corona, y se llamó Coto Real de Caza de Las Rocinas.»

«En el sitio escogido, al borde mismo de las marismas y al borde de la corriente de agua que se denomina Madre de las Marismas, mandó Alfonso X edificar una pequeña ermita y poner en ella una imagen de la Virgen Santa María, que fue venerada desde sus principios con nombre tomado del lugar: Santa María de Las Rocinas.»

Consecuencia del hallazgo en mal estado o para adaptarla a la estructura de una gran dama, la talla fue restaurada y transformada según el gusto gótico decadente. Pudo ser entre los siglos XV y XVI. En cualquier caso se cometió la equivocación de adaptarla a ese estilo reinante, cambiando la actitud de sus manos y las facciones de su rostro.

Ahora se presenta vestida con el Hijo en el centro sostenido por sus manos, aunque la derecha también empuña un cetro real. La Madre y el Hijo llevan corona y sobre todo la Virgen se presenta engalanada con riquísimos vestidos y mantos. Una impresionante media luna sirve de peana.

Con la paz del siglo XV, reinante ya en toda la Andalucía Occidental, se construyó una primera ermita en el lugar mismo del hallazgo.

No debió ser muy segura esta primera construcción, porque el terremoto de Lisboa de 1755 la destruyó por completo.

Los habitantes de la zona, principalmente de Ayamonte, se sintieron estimulados por el mal suceso, y construyeron un nuevo templo más seguro, más espacioso, porque el número de visitantes crecía con rapidez. Siguieron reparaciones y ampliaciones que no satisfacían las necesidades de los peregrinos ni el auge popular que tomaba el santuario.

Con la paz y prosperidad de los años siguientes a la Guerra Civil, en 1963 se derriba por completo la construcción antigua y se comienzaa una nueva.

Dos arquitectos sevillanos, Delgado Roig y Balbolín, se encargan de los planos y en 1964 ya se estaba construyendo el nuevo templo. El 2 de mayo de 1981 se dieron por terminadas las obras.

Se trata de un templo más espacioso de tres naves, con bóveda de cañon la central y de aristas las laterales y con una cúpula en el crucero.

El el espacioso ábside se levanta el camarín con la imagen. La portada lleva espadaña y una gran cruz de hierro forjado.

BIBLIOGRAFÍA

José M.ª Pemán: *Andalucía*. Págs. 267 y ss. Pág. 267 (1). Pág. 269 (2).

Rafael Arjona: *Andalucía. Nueva Guía*. Nueva Guía. Anaya Touring. Madrid, 1994.

Santuarios Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Pág. 2234 (3).

NUESTRA SEÑORA DE LA CABEZA
ANDÚJAR (JAÉN)

En el capítulo VI, del libro III de su obra «Persiles y Segismunda», Cervantes nos ha dejado escrito:

«Hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra.»

«Tal es, según he oído decir, que ni las pasadas fiestas de la gentilidad, ... no le han hecho ni le pueden hacer ventaja.»

«Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación donde la tengo fija y pintárosla con palabras y ponerla delante de la vista, para que comprendiéndola viérades la mucha razón que tengo de alabárosla; pero ésta es carga de otro ingenio no estrecho como el mío...»

«Allí está el monte o, por mejor decir, peñasco en cuya cima está el monasterio que deposita en sí una santa imagen, llamada de la Cabeza, que tomó el nombre de la peña donde habita, que antiguamente se llamó el Cabezo, por estar en la mitad de un llano libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que le rodeen, cuya altura será de hasta un cuarto de legua, y cuyo circuito debe de ser de poco más de media...»

«El lugar, la peña, la imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca y de lejos, el solemne día que he dicho, la hacen famosa en el mundo y célebre en España sobre cuantos lugares las más extendidas memorias se conservan...» (1).

Las palabras de Cervantes, escritas a comienzos del siglo XVII, son el mejor panegírico para centrarnos en uno de los más significativos santuarios de nuestra patria, donde se dan cita la piedad, la belleza y la historia con sus muchas luces y algunas sombras.

Andújar en sí misma es ya una ciudad cargada de grandeza, situada en el valle medio del Guadalquivir, al Sur de un esplendoroso parque que lleva el nombre de Andújar.

Aquí estuvo la antigua Iliturgi, que luchó al lado de los romanos, en las guerras con Cartago. Los árabes la llamarían Alturja y de ahí nació su nombre actual.

En la Reconquista, inicialmente fue conquistada en 1155 por Alfonso VII, pero su conquista definitiva no llegó hasta Fernando III, el Santo, hacia 1224.

Precisamente las fechas fernandinas van a dejar una profunda huella en la historia de la Virgen.

Se localizan los hechos diez años después de haber reconquistado Andújar. El Papa Gregorio IX, en 1227, concede indulgencias y privilegios a los fieles devotos de la Imagen y a cuantos formasen la Archicofradía fundada en el primer momento por los principales caballeros de la ciudad.

Los hechos, para los creyentes de Andújar, son plenamente históricos. Nadie duda de ninguno de los extremos que nosotros vamos a contar.

Durante la noche del 11 de agosto «se aparece la imagen de Santa María a un pobre pastor granadino que apacentaba su ganado por las solanas y umbrías del dilatado valle del Jándula» (2).

El pastor, del que conocemos hasta el nombre, Juan de Rivas, era muy conocido porque todos sabían de su bondad y de la desgracia que arrastraba, ya que le faltaba uno de sus brazos, perdido por defender a sus padres atacados en una emboscada de moros.

La aparición le muestra una imagen hasta entonces escondida y le conmina a que vaya al poblado y exponga su deseo de que se levante un templo en el lugar del hallazgo, lo más alto del cerro entonces llamado del Cabezo.

Para que no pueda nadie albergar dudas de la verdad de los hechos, la Virgen aparecida le restablece el brazo perdido y así servirá de testimonio irrefutable de las apariciones.

Con tan milagroso y visible argumento, el éxito de la embajada fue arrollador. Todos le creyeron y se admiraron. En seguida una masa enfervorizada se traslada al lugar señalado por el pastor, encuentra la imagen y la traslada a una de las iglesias de la ciudad.

Una cofradía con el nombre de «Hermandad de Caballeros Hijosdalgo» se encarga de cumplir el deseo manifestado por la aparición. Las obras del templo se inician hacia 1287 y en 1304 ya se hallaban terminadas. No se regatearon esfuerzos, porque en el estilo propio de aquel siglo, el románico, en sillería de granito, se levanta la iglesia de

hermosa nave y su correspondiente espadaña. El mismo año de su terminación la imagen es trasladada a la que será su sede habitual. Las obras posteriores, con sucesivas ampliaciones y rectificaciones, convertirán el templo en un magno complejo mariano, uno de los más celebrados del Sur de España.

Resulta muy posible que nos hallemos ante una de esas imágenes románicas, de clara influencia bizantina, que se veneró en los primeros siglos de la Edad Media en alguno de los templos de Andújar y que luego, como consecuencia de la incertidumbre creada por la invasión árabe, fue trasladada a lo alto del cerro del Cabezo para ser escondida en su parte Norte evitando así su profanación.

Allí permaneció oculta y olvidada, algo que sucedió con no pocas imágenes de la época. Y fue el cielo, una vez más, el que la sacó de este olvido, probablemente como nos lo demuestra la aparición.

Algunos autores como doña Luisa Fe Giménez, recogen una brillante leyenda, sobre el origen primitivo de la imagen, y que para nosotros tiene parecidos con otras leyendas de la época. No se necesita darle otro valor que el del sentimiento y la fe de un pueblo que quiere unir sus creencias con los mejores orígenes del cristianismo.

La leyenda se resume así:

Cuando San Eufrasio, primer obispo de la diócesis, en los momentos iniciales de la predicación cristiana, vino a Andújar, se encontró con una ciudad que era un revoltijo de creencias, razas y culturas, debido a los múltiples invasores que habían desfilado por el Sur de España.

Fenicios, griegos, cartagineses y romanos coincidían con los naturales en la adoración de muy variados ídolos, para ellos dioses tutelares.

En vano San Eufrasio se esforzaba en predicarles la falsedad e inutilidad de aquellas estatuas, que no pasaban de la preciosidad de los metales de que estaban hechas.

El valeroso obispo predicador consultó el caso con San Pedro, a quien le unía estrecha amistad y dependencia, ya que Eufrasio es uno de los «Siete Varones Apostólicos» enviados a España, tras las primeras conversiones conseguidas en nuestra patria por San Pablo, que los llevaría con él, para ser consagrados obispos.

El Príncipe de los Apóstoles tuvo la feliz ocurrencia de querer suplantar los dioses paganos por imágenes de Cristo y de María, para que atrajeran la atención de aquellos hombres y así ser más fácil explicarles la trascendencia de las imágenes veneradas.

San Pedro ordenó a Nicodemos en Jerusalén y a San Lucas en Antioquía que el primero hiciera representaciones de Cristo Crucificado y el segundo de su Madre María, personajes especialmente conocidos por ellos.

Esas imágenes fueron enviadas a los respectivos predicadores que se hallaban lejos y desalentados. Una de María fue reservada para San Eufrasio, quien la colocó en devoto lugar intentando entusiasmar a los cristianos y atraer a los infieles.

Así empezaría la andadura de la devoción a María en aquellas tierras, partiendo del pobre receptáculo inicial, luego convertido en una ermita de mayores dimensiones, donde se recordaba al propio San Eufrasio.

Sin sobresaltos especiales pasarían varios siglos hasta la llegada de los moros, que inicialmente se mostraron muy violentos con los símbolos religiosos de los cristianos, obligando a éstos a huir con ellos o bien esconderlos en lugares seguros.

Uno de estos símbolos escondidos sería la imagen de María, tallada por San Lucas para regalo a San Eufrasio. Los cristianos autores del escondite conocían perfectamente el lugar en lo más escarpado de la sierra, pero al que no visitaban temerosos de ser descubiertos.

El tiempo se encargó de que se perdiera la memoria de aquel religioso escondite y se olvidara el inefable tesoro escondido. Hasta que no llegó la conquista de la ciudad y el propio cielo se encargase de revelar a Juan de Rivas el tesoro que yacía sepultado durante varios siglos.

Durante la Guerra Civil, tan bella imagen desapareció en el asedio de 1937 y la que hoy se venera es una talla lo más parecida a la primitiva, obra del escultor granadino José Navas Parejo. Se trata de una imagen de noventa centímetros de altura, de facciones morenas, sentada en un trono, con el Niño en su brazo izquierdo y en su mano derecha un madroño.

Nos hallamos ante uno de los lugares más antiguos de culto mariano, con una devoción muy cualificada, de la que hay constancia a

partir del siglo XIII, pues autores como Alfonso X y Alfonso XI nos hablan señaladamente de ella.

En la Edad Moderna la devoción a la Virgen de la Cebza se extiende por todas partes, principalmente en el Nuevo Mundo, con magníficos santuarios en México, Chile, Perú, etc.

En los siglos XVII y XVIII se amplían las estancias hasta formar un gran conjunto devocional. Fue decisivo un hecho: «La conversión del príncipe marroquí Muley Xeque, acaecida en este santuario en el siglo XVII y que universaliza más la devoción a la Virgen de la Cebeza, debido a la resonancia que el suceso tuvo en el mundo. Reyes, príncipes, nobles, prelados y altos personajes del mundo entero, mezclados con el pueblo humilde visitan su templo» (3).

Pero como toda obra humana en el santuario se dejarán los distintos momentos de nuestra historia. Las luces y las sombras van a proyectarse sobre el mismo santuario.

Carlos III, imbuido de los ideales de la Ilustración, prohíbe las romerías, por un decreto fechado el 16 de marzo de 1773, llegando incluso a disolver la cofradía. Pronto, ante el empuje y la oposición masiva del pueblo, tiene que dejar sin efecto sus pretensiones devolviendo los estatutos, bulas y libros de la cofradía.

Un siglo después el santuario se convierte en importante víctima de la Desamortización de Mendizábal, perdiendo la propiedad de la imagen y del santuario. Hacia el 16 de octubre de 1870 y tras el Concordato con la Santa Sede en tiempos de Narváez, la imagen es devuelta a su templo, iniciándose un nuevo período de fervor esplendoroso.

El momento culminante de este renacimiento lo va a marcar el año 1909, cuando San Pío X declara a Nuestra Señora de la Cabeza Patrona de Andújar, coronada solemnemente. También en 1930 los Frailes Trinitarios toman posesión del santuario, durante el episcopado de don Manuel Basulto Jiménez.

Con todo, faltaba por escribirse todavía una de las páginas más heroicas que se iban a protagonizar en el santuario. Sería con motivo de la contienda de la Guerra Civil. «A los pies de la Virgen aprendió el Capitán Cortés lecciones de heroísmo, de sacrificio y de amor patrio. El terrible asedio duró desde septiembre de 1936 hasta mayo del año siguiente. Allí resistió un puñado de hombres, miembros de la Guardia

Civil, los embates del ejército republicano. Todo el santuario quedó completamente destruido y arrasado. La imagen primitiva desapareció un tanto misteriosamente. El santuario, lo mismo que sus defensores, muere, pero no se rinde» (4).

Al llegar la paz, el santuario es celebrado en el mundo entero, al margen de cualquier doctrina política, como símbolo del heroísmo de unos hombres y de los valores cristianos defendidos en esa lucha.

Se inició con rapidez su reconstrucción, se talla una imagen nueva y comienza la andadura oficial de nuestro tiempo.

El Papa Juan XXIII, el 27 de noviembre de 1959, declara a la Virgen de la Cebeza Patrona de la diócesis de Jaén y al año siguiente es coronada canónicamente.

Ahora la fecha de su romería se ha convertido en un espectáculo conmovedor, cuando el número de vehículos y de fieles que se acercan hasta allí hay que contarlos por decenas de miles.

Pero lo realmente admirable son las múltiples visitas diarias y silenciosas, que se acercan hasta la reja del templo y allí depositan sus oraciones y sus lágrimas.

El santuario de Ntra. Sra. de la Cabeza es uno de los lugares donde la devoción mariana del pueblo andaluz se palpa a diario con sólo acercarse hasta sus muros.

BIBLIOGRAFÍA

Cervantes: «Persiles y Segismunda». *Obras completas*. Tomo IV. Biblioteca Castro. Turner. Págs. 677 y 678 (1).

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2231 (2), (3) y (4).

Juan Pérez Sanjuán: *Historia de la Santísima Virgen María*. Impt. González Rivas. Madrid, 1995. Tomo III. Págs. 257 y ss.

NUESTRA SEÑORA DEL CAMINO
LEÓN

Durante varios siglos, los peregrinos del Camino de Santiago del Norte descansaban en León para seguir luego hasta Astorga, donde también llegaba la vía de la Plata.

El largo trayecto de unos cincuenta kilómetros siempre fue abrazo entre esas dos ciudades marcadamente romanas. Cuando se convierte en ruta de caminantes jacobeos era lógico que se despidieran con tristeza de la monumental León. Después de la primera legua –5.572 metros– volvían sus ojos con nostalgias de despedida. Allá en el horizonte se difuminaban las últimas agujas de la catedral.

Durante la Edad Media y después, era bastante normal que en este tipo de lugares se levantaran pequeñas ermitas de carácter itinerante o bien alguna cruz solitaria para alentar a los que se aventuraban a grandes recorridos.

A estas exigencias obedece el primer recurso de aquel primitivo crucero levantado cerca del Camino. El cielo, sin embargo, quería algo más respecto al lugar y de manera milagrosa va a determinar sus exigencias.

Un sencillo pastor, Alvar Simón Fernández, como todas las mañanas dejaba su pueblo de Velilla de la Reina para dirigir su atajo de ovejas al monte. Alvar en aquellas mañanas de verano se sentía feliz en los inhóspitos parajes, donde la pobreza le obligaba a llevar sus rebaños. Cuando los mansos animales se encontraban calmados arañando los matujos y las zarzas, él piadosamente rezaba ensimismado. Hincaba las rodillas en el suelo y se olvidaba de todo. Quizás nos hallemos ante una de esas almas sencillamente místicas, muy queridas de Dios.

En cierta ocasión, cuando despertó de su oración vio a dos ovejas paradas, inmóviles, que no buscaban alimento. Sacó su honda y lanzó una piedra. A pesar de caer tan cerca, no inmutó a la pareja de animales. Repitió la acción y..., nada.

Sospechando algún percance se acercó hasta los zarzales y contempló con sorpresa que las dos ovejas estaban de rodillas. Ahora con extrañeza, pero interesado, se acercó cuanto pudo y contempló una dulce Imagen de la Virgen que le sonreía. Quedó paralizado cuando la

señora le mandó acercarse y comenzó a hablarle. No olvidaría nunca aquellas palabras:

«Ve a la ciudad. Avisa al obispo que venga y coloque dignamente esta mi imagen donde cayere esta piedra que yo arrojaré con tu honda. Y como prueba de que ésta es mi voluntad, hallarás esta piedra tan grande que no la podrás mover.»

Debió poner tal convicción el sencillo pastor en sus palabras o la Providencia se posesionó con tal firmeza del corazón del obispo, que el hecho fue creído en todos sus extremos.

Corría el año de 1512.

El impacto de la aparición produjo una transformación total en el joven y piadoso pastor. Dejó las ovejas y se dedicó por completo a la empresa presagiada por el Cielo. Muy pronto se levantó la primera, aunque humilde capilla en el mismo lugar donde había crecido la piedra. Todavía se recuerda con el nombre del «Humilladero».

Pero el fervor del confidente mariano no se hallaba satisfecho. Pensaba en algo mucho más espectacular, digno de la grandeza de León y en los mismos bordes del Camino de Santiago. Consiguió que el rico Cabildo de León tomara como suyo levantar a doscientos metros de la ermita un templo amplio, capaz de prestar sus servicios a los peregrinos que ya llegaban de las regiones centrales de Europa.

Se encargó de los planos el prestigiado arquitecto Juan de Badajoz y de su ejecución el maestro cantero Saiz.

Mientras se realizaban con toda celeridad las obras, mandaron tallar una imagen de la Virgen de acuerdo con los datos proporcionados por el fervoroso pastorcillo. Hacia 1516 aproximadamente estaba ya terminada la nueva obra, aprobada y bendecida por el papa León X, según se desprende de una bula expedida en Roma, el 22 de junio de 1917.

El nuevo templo y la imagen comenzaron a llamarse «del Camino», por su situación en el Camino de Santiago.

La acogida por parte de los peregrinos y visitantes trajo como consecuencia el nacimiento de un pequeño pueblo que lleva el mismo nombre. Alvar Simón Fernández, por su parte, siguió dedicado al servicio de su Virgen. Al morir fue enterrado a la entrada del camarín, en la capilla mayor.

A partir de ese siglo XVI y después en el XVII la devoción creció hasta límites insospechados, tanto que el obispo don Bartolomé Santos de Risoba creyó en la necesidad de levantar un nuevo templo. En 1644 se colocaba la primera piedra. Hasta el propio rey Carlos II se comprometió con las obras y mandó colocar el escudo real en lo alto del templo.

El nuevo edificio, digno y según el gusto de la época, constaba de tres naves, crucero, bóvedas y gruesas pilastras de forma cuadrada. Fue solemnemente inaugurado en 1654.

Podríamos hallarnos ante el final de las construcciones. No fue así.

Durante la Guerra de la Independencia se inició el declive y el olvido del templo, seguido de saqueos, robos y un creciente abandono. Los fieles, el pueblo sencillo sobre todo, nunca olvidaron a su Virgen del Camino.

Ellos fueron los que instaron de palabra y de obra a sus obispos para que se remediara la situación. Al comienzo de la Primera Guerra Europea de 1914, el obispo don José Álvarez de Miranda logró de la Santa Sede que la Virgen fuera declarada patrona de la región leonesa (15 de septiembre de 1914).

Fue el comienzo de una nueva etapa de gloria para el santuario y para la devoción. El 19 de octubre de 1930, el cardenal Segura coronaba canónicamente a la imagen.

Una de sus mejores consecuencias para canalizar las ilusiones fervorosas de todo el pueblo leonés hizo pensar en un nuevo santuario. Deseo convertido en realidad gracias al proyecto del religioso y arquitecto fray Coello de Portugal. Las obras comenzaron en 1957 y en 1961 ya estaba inaugurado el definitivo templo.

Se trata de una obra plenamente moderna, espectacular, utilitaria, en forma de rectángulo, líneas geométricas, puertas de bronce y fachada escultural. Llaman poderosamente las monumentales estatuas de esa fachada principal, obra del genial escultor José María Subirachs y que evocan el hecho bíblico de Pentecostés. En el lado izquierdo se alza una cruz de 52 metros de altura.

Sirven al santuario los padres dominicos, que además han levantado un seminario de la congregación y otros lugares complementarios

para atender a los numerosos peregrinos que llegan de paso hacia Santiago o simplemente a venerar a su Virgen leonesa.

Los días festivos por excelencia son el 15 de septiembre, fiesta de la Virgen, y el 5 de octubre, festividad de San Froilán, patrono de la diócesis y romería del santuario.

La Virgen que hoy se venera es una imagen de finales del siglo XVII.

El lugar se ha convertido en un centro de espiritualidad regional, de reposo y descanso interior, adonde acuden permanentemente creyentes de todo León, buscando la paz de sus conciencias y la participación en los solemnes cultos del santuario.

Existe para ello una comunidad de religiosas dominicas que se encargan de la Casa de Ejercicios espirituales.

El acceso al santuario es muy fácil. Se halla a 5 kilómetros de la capital, dirección Oeste, sobre la carretera N-120, que une León y Astorga.

BIBLIOGRAFÍA

Santuario Españoles. Instituto Enrique Flórez. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975.

Varios autores: *La Ruta de la Plata de Sevilla a Gijón*. Editoral Lancia, S. A. León.

LA VIRGEN DE LA ALMUDENA
MADRID

Nuestro tiempo ha llevado a su plenitud el patronazgo de la Virgen de la Almudena sobre Madrid.

La catedral fue inaugurada al final del milenio, en el recinto mágico donde se da cita lo más señorial terreno de la capital de España, se ha levantado también lo más señorial divino con el majestuoso templo dedicado a la que siempre ha sido Patrona de Madrid.

Debieran conocer todos los madrileños la soñada historia que hay detrás de la bella imagen, hoy entronizada con tanta grandeza en el corazón de la Villa y Corte de España.

El libro del que fuera Instituto Enrique Flórez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, nos hace un precioso retrato de la celebrada imagen:

«Está en pie, firme sobre una peana de dos dedos de alta; su aspecto es majestuoso y de profunda gravedad. El rostro más que redondo, prolongado; su color es trigueño, aunque con la antigüedad parece algo amortiguado...

»Tiene los ojos grandes y rasgados. Son sus pobladas cejas en arco y de singular proporción. La nariz es pequeña, aguileña con moderación. La frente es espaciosa y descubierta. La boca es pequeña y de labios de purísimo carmín. Las mejillas son una mezcla de color cándido y rubicundo (aunque hoy aparece algo moreno).

»El cuello es levantado y algo torneado. Las manos son largas y llanas, y los dedos de la misma proporción. Los cabellos son rubios, aunque muestran alguna oscuridad, y los tiene caídos sobre el cuello, a lo Nazareno.

»El manto es recalzado de oro y azul, imitando varias flores. Ciñe su honesto talle con una cinta dorada.

»El Niño, graciosamente desnudo, pende descolgado de su brazo izquierdo, teniendo la mano derecha en el cándido pecho de la Madre; y la izquierda caída. Con la mano derecha le coge la Virgen Santísima de una piernecita y con la izquierda de medio cuerpo.

»El Divino rostro es tan llano, agradable y regocijado como grave, siendo perfectísimo en todas sus facciones. Los atractivos ojos son semejantes a los de la Madre. Se hallan los dos tan unidos en la sólida materia de que están formados, que parecen una misma pieza.»

La facilidad con que la colocan los madrileños entre sus recordatorios nos ahorraría la descripción que acabamos de copiar. Pero nos parece necesaria para caer en la cuenta de lo que veneramos y volver sobre lo contemplado, para trascender con mayor facilidad hacia lo divino. Es lo que más importa en las representaciones religiosas.

Pero creemos necesaria también la historia que ha fundamentado las creencias de tantas generaciones pasadas.

La pregunta inevitable es siempre la misma: ¿Cómo ha llegado hasta Madrid una Virgen tan bella y tan sugerente?

Los madrileños, como los extremeños de Guadalupe o los catalanes de Montserrat, sueñan con que su imagen haya venido de la misma tierra de Jesús, tallada por los propios discípulos del Maestro.

Es el lógico deseo de conectar lo adorado con el mismo objeto real, pretensión común de todos los convencimientos religiosos: Aquello que identifica el alma, que lo identifique también la historia.

Se dice que cuando Santiago vino a predicar a nuestra patria hacia el año 38 de nuestra Era, lo acompañaron algunos discípulos, entre los que estaría un tal Calócero o Calógero.

El predicador y apóstol iba colocando en los lugares evangelizados a alguno de esos discípulos, ya que lo conseguido por él mismo le parecía bastante efímero.

En lo que hoy es región madrileña, en los pocos villorrios que podrían existir en las cercanías del Manzanares, dejó a su discípulo Calócero. Tenía que conservar lo iniciado por él. Entre los regalos que le iban a acompañar y alentar se encontraba una imagen de la Virgen, que todavía vivía en carne mortal en Palestina. Separarse de la Madre, para los que habían visto morir al Hijo, era una de las pruebas más difíciles de aquella Iglesia naciente.

Por eso algunos de los primeros creyentes quisieron tallar imágenes de la Virgen y entregarlas como compañía a los que debían separarse. Entre los que tallaron o pintaron estos recuerdos se encontraban San Lucas y Nicodemos, dos de las figuras de mayor calidad cultural de los primeros discípulos.

Una de las imágenes talladas por Nicodemos acompañó a Santiago, quien la dejó para compañía a Calócero, ya que quedaba tan distante de los puertos frecuentados por fenicios e israelíes.

Esa imagen comenzó a ser punto de cita y de reunión entre los primeros creyentes de esas nacientes cristiandades, aunque entonces no pasaban de humildes villorrios.

Como consecuencia de la leyenda se discute también el material en que está tallada la imagen. Vera Tarsis y Villarroel, ya en el siglo XVII, afirmaba que se trataba de «un ignorado árbol oloroso y que se mantiene incorrupto». Otros hablan de un enebro o un cedro. Sin embargo

Mullé de la Cerda, en la Ilustración Española y Americana, defiende que la «cabeza es de pino de Soria y el cuerpo de pino ordinario».

La imagen que nosotros hemos descrito y que es la que hoy veneramos hay que datarla como obra del siglo XVI.

Pero aquí como en otras partes nos encontramos con la inquietante pregunta de si nos hallamos ante la primitiva imagen venerada o ante otra, sustitución de la antigua, una costumbre muy frecuente en los siglos del Renacimiento, cuando el culto cobró dimensiones de grandeza superior, sustituyéndose no sólo imágenes, sino también templos, pinturas y cultos por los nuevos gustos de este siglo.

Con toda probabilidad aquí nos encontramos ante una Virgen nueva que supone otra anterior.

Las pruebas que llevan a ello parecen definitivas.

Si comparamos la imagen actual con la que se encuentra tallada en el arca que contiene los restos de San Isidro, donde también aparece Ntra. Sra. de Atocha, se aprecia una clara diferencia entre las dos representaciones. Algo que no sucede con la representación de la Virgen de Atocha.

Por consiguiente, si la reproducción de esta Virgen es copia fiel, no hay razón alguna para sostener que la de la Almudena deba ser de otra manera.

«Además habiéndole serrado la parte de la espalda en 1652, no aparece en la figura actual vestigio alguno de ello.»

«Existe también una fotografía publicada por el señor Díaz Vicario en 1835, que coincide con la del arca y que además está serrada en la espalda, que nada tiene que ver con la actual». «Además mientras unos grabados cubren la cabeza de la imagen actual con un velo (Maella), otros no (Ríos y Rada).»

Todos estos hechos los explican la leyenda y la historia conjuntamente.

Durante la ocupación árabe, la imagen fue ocultada en el hueco de un muro, siguiendo el decreto del arzobispo de Toledo don Raimundo. Se trataba de evitar las profanaciones de los infieles.

Cuando Alfonso VI conquista Toledo tuvo que reconquistar las tierras donde se halla Madrid. Era la tercera vez que sucedía el hecho,

porque se trataba de hacer del Tajo una línea segura para los intereses de los cristianos. Corría el año de 1083.

Tratando el ambicioso rey de reconstruir la nueva ciudad, al desplomarse por casualidad o intencionadamente uno de los muros de la antigua muralla de los moros, aparece la imagen, el día exacto de 9 de noviembre de 1085.

Algunos llegan a afirmar que a la imagen acompañaban dos cirios puestos por los cristianos que la emparedaron.

El lugar exacto debió ser en las cercanías del conocido Cubo de la Almudena, próximo a la puerta de la Vega, llamada comúnmente «Alvega», López de Hoyos.

Ante la popularidad de la aparición comenzó a levantarse un primer templo, unido al deseo de dar gracias al cielo por la conquista de Toledo. Resulta hasta posible que permaneciera algún resto posible del primitivo templo o construcción anterior.

Algunos hablan de una primitiva iglesia de Santa María, la más antigua del viejo Madrid, ahora desaparecida. La consideraban anterior a la invasión árabe. Vera Tarsis «cree que databa de la época romana».

En cualquier caso tenemos que hablar de que en los siglos XI o XII existía un primer templo, pequeño y pobre, que prolonga su existencia hasta el siglo pasado, posiblemente transformado.

Desaparecida la iglesia de Santa María surgió la idea de levantar un nuevo templo a la Virgen ahora con el concreto nombre de Nuestra Señora de la Almudena.

La reina Merecedes consiguió que el Real Patrimonio concediera, para la construcción del templo, un solar junto a la Plaza de la Armería, lugar aproximado al cubo de la aparición, derruido en 1707.

Los planos iniciales y los primeros pasos de la obra se deben a don Francisco de Cubas, pero apenas iniciados los trabajos se crea la sede episcopal de Madrid-Alcalá. Lógicamente había que pensar en un templo que respondiera a la nueva orientación de la Iglesia madrileña.

El mismo don Francisco de Cubas trazó nuevos planos con las ambiciosas dimensiones de 74 metros de longitud de nave central, 66 de crucero, 12 metros de anchura de la nave mayor, torres laterales de 78 metros de altura y un cimborrio sobre el crucero de 98 metros de altura.

Al morir don Francisco de Cubas sus sucesores Olovarría, Repullés y Vargas y don Juan Moya introdujeron una serie de reformas. La cripta se abrió al culto el 21 de mayo de 1911. Esta construida en piedra blanquecina de vetas rojas importada de Chao de Maças (Portugal).

A partir de ese momento, las obras conocieron un prolongado letargo, hasta que en 1944 se propuso un Congreso Nacional de Arquitectura para hallar una solución definitiva a la obra.

La solución extraordinaria vino de la mano de los señores Chueca y Sidro. Modificaron la silueta de la catedral, conservando el máximo de la obra realizada. Trasladaron la fachada haciendo conjunto con las del Palacio y llevaron el altar de la Virgen a uno de los brazos del crucero, resultando en la práctica dos iglesias en una.

Las obras han proseguido hasta nuestro tiempo, en que han sido inauguradas por el cardenal Rouco, arzobispo de Madrid.

El nuevo templo no solamente es grandioso en su exterior, sino también en su interior, acabado con todos los elementos importantes para el culto catedralicio como el grandioso órgano, las vidrieras y los altares.

En el aspecto cultual existe el llamado Voto de la Villa: «Que esta villa vota la asistencia a la festividad de Nuestra Señora de la Almudena, día de Nuestra Señora de Septiembre como es dicho día perpetuamente para siempre jamás, esperando que este servicio le será muy agradable a la Virgen Santísima y puede esperarse muy buen suceso a su intervención para las armas de su Majestad y bien público de esta Villa. 8 de noviembre de 1646».

El 8 de septiembre de 1945, el conde de Santa Marta de Baho, don José Moreno Torres, alcalde de Madrid, concedió a la Stma. Virgen de la Almudena, la primera medalla de oro de la ciudad. Hecho que se toma como indicativo del patronazgo que la Virgen viene ejerciendo sobre el pueblo de Madrid.

El obispo Eijo Garay, el 10 de noviembre de 1948, efectuó la coronación canónica de Nuestra Señora la Real de la Almudena.

Por supuesto existe una antiquísima cofradía que data de los tiempos de Felipe IV, año de 1640, cuyo objetivo es dedicarse al culto y veneración con el título de «Esclavos de Ntra. Sra. la Real de la Almudena.

La consecuencia de toda esta larga historia es la agradable realidad de que Madrid, capital de España, cuenta con un monumental templo, en el que caben todos los madrileños para venerar a su singular patrona Nuestra Señora de la Almudena.

BIBLIOGRAFÍA

Hemos seguido por lo general el texto de la obra *Santuarios Españoles*, del Instituto Enrique Flórez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Páginas 2.211-2.212. Los entrecomillados pertenecen a esta obra.

NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA
MADRID

Madrid está excepcionalmente protegido por la Madre de Cristo, pues interceden por él Ntra. Sra. de Atocha, La Virgen de la Almudena, la Virgen de la Paloma, la Virgen de los Milagros..., contando sólo los titulos más celebrados por el pueblo.

A pesar de que el gran Madrid es moderno, sin embargo, la Virgen de Atocha se pierde en el fervor más antiguo de los siglos, protegiendo el lugar donde nacería la capital de España.

Consta la situación exacta del santuario de esta Virgen «en una carta en la cual san Ildefonso, gran devoto de la Virgen de Atocha, indicaba a un canónigo de Zaragoza, que cuando pasara por Madrid «se acordara de que en su vega había una devota imagen de Nuestra Señora, con un Niño en el brazo izquierdo y una manzana en la mano derecha llamada Virgen del Atochar», lo que demuestra que en el siglo VII era muy conocida la devoción a esta imagen, de la que más tarde, en el siglo XI, vuelven las crónicas a recordar la existencia del santuario, que se reducía a una capilla de 15 pies de larga y 12 de ancha, porque «no permitían más grandiosidades los moros que vivían en sus cercanías», según el historiador padre Cepeda» (1).

Fue ésta la primera situación de la antigua ermita, en plena vega madrileña, cerca del río Manzanares, en el sitio denominado Santiago el Verde.

Desde allí, siglos más tarde, sería trasladada al lugar que hoy ocupa, en lo que fue extramuros de la villa, camino de Vallecas, hoy Avenida de la Ciudad de Barcelona.

La larga tarea de estos traslados, va unida a la fascinante historia de esta Virgen a la vez subyugante, apasionada y emotiva. Mezcladas historia y leyenda se han encargado de tejer un relato encantador y a la vez milagroso. Coincide casi con la historia de Madrid.

En sus comienzos debía ser Madrid un castillo famoso, cuando tras la llegada de los árabes, sus moradores consiguieron un pacto que les permitía conservar su fe y sus costumbres, mediante determinados impuestos. Gracias a este tratado podían practicar sus devociones en las muy pocas ermitas que les consintieron. Una de ellas, la de Ntra. Sra. de Atocha.

Entre las personas que practicaban ejemplarmente sus devociones se hallaba la familia de un caballero muy cristiano, llamado Gracián Ramírez, casado y con dos hijas igualmente creyentes.

Deseoso el caballero de tener un más fácil y cercano acceso a la que entonces llamaban Virgen de Antioquía, porque se la creía llegada de esta ciudad oriental y tallada por San Lucas, tomó la decisión de saalir de Madrid y fijar su residencia en la Vega a orillas del río, donde tenía grandes propiedades, y sería más fácil el acceso a su Virgen.

La ermita era asiduamente visitada por tan ilustre personaje. No había día que no se arrodillara ante ella.

Habían pasado unos cuatro años de estas prácticas, cuando una mañana se encontró con que la imagen había desaparecido.

Temiendo lo peor, la buscó por todas partes y no paró hasta que logró descubrirla escondida entre unas hojarascas o atochas, de las muchas que crecían en las tierras cercanas al Manzanares, en el lugar en que hoy se halla la iglesia.

Hincado de rodillas al lado del feliz hallazgo, juró que en aquel sitio había de hacerle a su Virgen un nuevo templo, pues pensaba que aquella situación había sido deparada por el cielo. Su familia y sus amigos se contagiaron de su propósito y muy pronto comenzaron las obras.

Ante el asombro o mezquindad de los musulmanes comenzó a crecer el edificio religioso, que muy pronto fue juzgado por los mahometanos como un peligro para ellos, ya que le dieron el calificativo de fortaleza, aunque las trazas estaban bastante distantes de estos propósitos. Los cristianos incluso para convencerlos colocaron en seguida la imagen de la Virgen en la parte ya construida.

Los cristianos supieron muy pronto que los árabes preparaban un ataque para acabar con los propósitos de los cristianos. Los vieron incluso salir de Madrid con sus audaces propósitos de terminar con la fe y la devoción de aquellos pocos creyentes.

Los que hasta entonces no eran más que constructores de una ermita se tuvieron que transformar en soldados dispuestos a defender sus convencimientos y creencias. Temían incluso lo peor. Sobre todo Gracián Ramírez, sabiendo de las venganzas de sus enemigos, llegó a convencerse de que su esposa y sus dos virginales hijas serían fáciles presas donde ensayarían sus más crueles y depravados instintos.

El cristiano caballero consultó a su Virgen y llegó al convencimiento, erróneo pero convencimiento, de que era preferible que sus hijas y su esposa murieran inocentes a caer en manos de la soldadesca. Así determinó quitarles él mismo la vida, convencido de que ésta era la voluntad de Dios y que muy pronto se reunirían todos en el cielo, ya que él moriría en la defensa del santuario.

Las degüella ante el espanto de su propia fortaleza y, empuñando él y los suyos las armas, se lanzan a una feroz pelea.

Quiso el cielo más que los hombres que los pocos cristianos pudieran y derrotaran a los muchos mahometanos. Sólo el milagro realizó tales portentos. Y no terminaron allí las cosas, sino que, además, ansiosos de una victoria total, se lanzaron sobre Madrid, para luego pactar una ventajosa victoria.

Sin embargo para Gracián Ramírez la victoria, precisamente por ser victoria, se había convertido en amarga derrota personal. Ya no tendría el cariño de su mujer y de sus hijas. Ahora tomó conciencia de su equivocación y de sus precipitadas decisiones.

Embargado por este propósito se fue a llorar su solitaria desventura a los pies de su Virgen. Y al entrar se encontró, no lo acertaba a creer, que allí ante la Virgen les esperaban ellas, su mujer y sus dos hijas. No

tenían más que una ligera mancha de sangre en sus cuellos para recordar el tajo paternal que les había degollado.

Sucedían estos hechos en los primeros años de la invasión musulmana, cuando los árabes recorrieron victoriosos España de Sur a Norte a partir de la derrota de Guadalete en el comienzo del siglo VIII, probablemente el año 720, siendo Papa Gregorio II.

Asentados en aquella fortaleza, unas veces pactaban con los cristianos. Otras los derrotaban implacables. Y otras los hacían huir en desbandada sin rumbo y sin intenciones.

Pero el triunfo de Gracián Ramírez duró muy poco y Magerit, como la llamaban los moros, volvería a poder de los que entonces eran más poderosos. Estaba muy cerca la entonces capital moruna de Toledo para no tener plenamente consolidados todos sus alrededores.

Con el tiempo, el monarca castellano Ramiro II de León, en 933, llegó en una expedición hasta los muros de Madrid, llevándose intenso botín. En 1047 Fernando I el Magno se apodera de la ciudad, donde recibe al rey de Toledo y lo convierte en tributario, devolviéndole la plaza. Por fin Alfonso en 1085 se apodera de Toledo y con ella caen todas las plazas, incluida Madrid, adonde llega personalmente para dar gracias a la Virgen de Atocha, dejando en ella el pendón real de su victoria.

A partir de ese momento Madrid no vuelve a poder mahometano y la Virgen de Atocha se convirte en centro de culto cristiano acaparando la devoción de la ciudad que comenzaba a crecer en sus cercanías.

Inicialmente el culto estaba servido por capellanes hasta que el 11 de marzo de 1163, el arzobispo de Toledo dona la iglesia y sus posesiones a los Canónigos Regulares de San Agustín.

Así continuó el santuario hasta el año 1523, en que bajo el reinado de Carlos V se levantó en el solar de la ermita una iglesia y un convento que con licencia del Papa Adriano VI, entregó a la Orden de Predicadores o Dominicos. La iglesia no se terminaría hasta principios del siglo XVII, disfrutando del patronato real concedido por Felipe II.

Felipe II se mostró durante toda su vida como especialísimo devoto. Reclamó su devoción y su presencia en momentos críticos de su vida como al pedirle protección durante la enfermedad de su hijo Carlos, llevándola desde el su santuario hasta el Palacio Real, la primera

vez que se muestra en público, un hecho que se repitió con la enfermedad de la reina Isabel.

Con estas salidas quedaba inaugurado el proceder del pueblo madrileño, que en las situaciones graves de la vida madrileña, como en la célebre epidemia de 1580, la paseó por las calles hasta que cesó la peste.

Quedaba también marcado el camino que habrían de seguir los reyes españoles.

Felipe III se reserva el patronato de la ermita por Cédula Real fechada el 10 de noviembre de 1602.

Felipe IV ordenó que la decorasen los mejores artistas de su época. Herrera «el Mozo» pintó la cúpula y Jordán las bóvedas y pechinas.

Felipe V regaló el famoso relicario. Carlos III restauró el camarín. Fernando VII, coronado rey, su primera visita fue para la Virgen de Atocha de la que era gran devoto. Visita que repitió antes de marchar a Bayona para entrevistarse con Napoleón

Cuando el monarca vuelve a Madrid, su templo estaba prácticamente destruido, saqueado, hasta el punto de que la imagen se hallaba en la iglesia de los padres dominicos de Santo Tomás. No se desalentó el monarca y puso todos sus recursos para proceder a su restauración. Él mismo pudo presidir el solemne momento en que la imagen volvía a su casa restaurada,

Esta iglesia es la que ha existido hasta comienzos del siglo pasado cuando se construyó la nueva basílica.

Al llegar la exclaustración y supresión de las órdenes religiosas, la imagen de la Virgen fue trasladada nuevamente a la iglesia de Santo Tomás. Pero, al llegar Isabel II, el convento, para preservarlo de su ruina, fue convertido en cuartel general de inválidos. El día de su cumpleaños, 19 de noviembre de 1838, se abrieron las puertas del cuartel. La imagen muy pronto sería de nuevo trasladada a su iglesia.

En el templo recibieron sepultura Palafox, Castaños, Ríos Rosas, Prim y Concha. Aquí se guardaron las banderas de los ejércitos castellanos que combatieron contra los turcos, que fueron a la conquista de América y a las guerras de la Independencia y de África.

La reina Isabel dio muestras de una gran devoción a su Virgen, pues aquí el 11 de octubre de 1846 realizó sus velaciones con su es-

poso Francisco de Asís. Aquí acudió a presentar a su hija María Isabel Francisca. Para su Virgn fueron importantes donaciones de sus propios bienes y alhajas.

A comienzos del siglo pasado en 1901 se hizo necesaria la renovación total del templo que amenazaba ruinas. Los planos de uno nuevo se encargaron al arquitecto Fernando Arbós, que concibio la basílica actual en un combinado de estilo bizantino e italiano medieval.

Este templo actual consta de una sola nave, cruz latina rematada por tres conchas y campanil exento. A espaldas de la iglesia se construye el panteón de hombres ilustres adonde fueron trasladados los restos sepultados en la antigua iglesia y otros nuevos como Cánovas del Castillo y Sagasta,

Durante la Guerra Civil, el 20 de julio de 1936, el convento y la iglesia fueron asaltados e incendiados. Restaurados debidamente por decreto del arzobispado de Madrid, con fecha de 27 de agosto de 1965, se crea aquí la parroquia de Ntra. Sra. de Atocha.

Como es lógico preside la iglesia Ntra. Sra. de Atocha. La imagen «pertenece al grupo de imágenes marianas españolas a las que la leyenda atribuye origen apostólico. Aparece sentada en un trono, símbolo de realeza y cátedra de sabiduría y su altura no llega a los 60 centímetros desde lo alto de la corona hasta el plano donde asienta los pies».

«Es de madera, muy dura e incorruptible y al lado izquierdo, formando parte de la misma talla, tiene un Niño pequeño al que ofrece una manzana con la mano derecha.»

«El Niño no parece mirar la manzana y tiene levantada su diestra en actitud de bendecir al pueblo, extendidos los dedos índice y anular y doblados los restantes sobre la palma de la mano.»

«El rostro de la Virgen, debido a su antigüedad, es moreno oscuro, casi negro y alargado más de lo que pedía la proporción aceptada por la escultura griega, lo que nos revela que la estatua de la Virgen de Atocha es fruto de un arte decadente.»

«La colocación de los vestidos y alhajas, de uso tan frecuente en siglos pasados, obligó a los fieles que la vistieron a una impotante mutilación de la imagen, a la que fueron cortadas parcialmente las rodillas, pero este notable deterioro ha sido reparado en la actualidad por el notable restauradoer José de Lapayse» (2).

Los padres dominicos siguen encargados del culto a tan venerada Virgen madrileña.

Las muestras milagrosas realizadas a lo largo de los siglos han sido numerosísimas. Lo demuestran lápidas, pinturas y exvotos.

El milagro de su aparición en favor de la esposa e hijas de Gracián Ramírez, del que hablamos al principio, ha sido constantemente celebrado en la literatura por autores como Salas Barbadillo, Lope de Vega, Lanini y Sagredo, Rojas Zorrilla, Hartzenbusch, Gil de Satisteban, etc.

En las cantigas 289 y 315, de Alfonso X el Sabio, se recuerdan sendos milagros de la Virgen.

Pero el verdadero milagro es el fervor que la dispensan permanentemente sus hijos madrileños, que no cesan de visitarla y poner a sus pies todas sus necesidades.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1975. Instituto Enrique Flórez. Pags. 2.222 (1) y (2).

Joaquín Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Editor Gozález Rojas. Madrid, 1995. Tomo III. Págs. 58-77.

Diccionario Espasa. Letra. A. Madrid.

NUESTRA SEÑORA DE LLUCH
MALLORCA

«En un ancho y delicioso valle, en el cual está el antiquísimo Santuario de Nuestra Señora de Lluch, de extraordinario prestigio, y cuya imagen de la Virgen es, de todas las de la isla, la más venerada. Se trata de un santuario antiguo, de la época del conquistador, que ha sido regido, sucesivamente, por ermitaños agustinos, presbíteros y ahora por la congregación indígena de los Sagrados Corazones» (1). 224.

La isla de Mallorca está como aprisionada entre dos cadenas montañosas, que comprimen un espacio más llano en el centro. En el Norte, de más altura, se acercan hasta el mar, bajando con rapidez desde los

mil metros de altitud, a veces sin otras orillas que grandes acantilados, desfiladeros y promontorios que se recrean en singulares formas de belleza, queriendo convertirse en sedentarios valles

«Lluch está en el municipio de Escorca, caserío muy disperso que cuenta apenas con 380 almas. Situado dentro de la cordillera de la costa Norte, su término es accidentalísimo y bravío. Los bosques que rodean Escorca son magníficos. La marina de su término es la más impresionante y grandiosa de la costa» (2).

En uno de estos descensos, en lo que quiere ser ancho y delicioso descanso se levanta el monasterio y santuario de Lluch, muy cerca del poblado de Escorca, llamado también Lluch.

Durante mucho tiempo aquella zona se la consideraba casi inavitable. Era llamada incluso la «zona de las montañas». Aún ahora los poblados son pequeñas villas cargadas, eso sí, de envidiable belleza.

Hasta que no llegó la reconquista, en 1229, apenas se puede hablar de región importante. Y por sus dificultades fue entregada en gran parte a los Cabelleros del Temple.

«La primera iglesia que se levantó en aquellos parajes y que todavía se conserva, fue la de San Pedro, en la alquería de Escorca, citada en la bula de Inocencio IV en 1248. Pero no tardaría mucho en surgir otra capilla, distante unos 6 km, hacia el Este, dedicada a Santa María, que tomó la denominación de Lluch de la alquería mora, en que se había edificado» (3).

No se conocen las causas históricas y otra vez tiene que venir la leyenda a llenar el vacío existente.

Entre los pocos personajes que andaban entonces por aquellas montañas un pastor y un monje descubrieron lo que podía ser una imagen de la Virgen. Y para que no les quedara duda se oían bellas sinfonías de cantares angélicos, que certificaban la religiosidad del hallazgo. Los hechos pudieron suceder hacia el año 1239.

«Cuando la reconquista por don Jaime I se estableció una parroquia en la alquería de Escorca, a la cual debían acudir los fieles de las alquerías comarcanas. Allí se retiró un monje de la Orden del Císter, a la que era muy afecto el rey conquistador, y en su celo por la gloria de Dios se dedicó a convertir a los sarracenos que habían quedado como cautivos o como mudéjares y se ocupaban en los trabajos del campo.

»Contigua a la alquería de Escorca extendíase la de Lluch, en donde ejercía el oficio de pastor un jovencito discípulo del monje a quien debía su reciente conversión y el nombre de Lluch o Lucas con que le había bautizado» (4).

«Cierto día, el pastor Lluch o Lucas salió con su ganado por los altos repliegues de las montañas: pacían las ovejas en una pequeña hondonada no lejos de la casa de la alquería. Era un sábado a la caída de la tarde. El aire estaba tranquilo, y sólo se oía el suave murmullo de las aguas que corrían por el fondo del valle para precipitarse, entre riscos y barrancos, en el clot d´Albarca. De pronto sorprendió al pastor una música tan suave que no parecía de este mundo. Atónito levantó la vista hacia el punto de donde brotaba tan celestial armonía, y descubrió allí luces y resplandores. Arrodillado el pastorcito estuvo contemplando el prodigio sin moverse, hasta que cesó la música.

»Entonces fue a dar la noticia del extraordinario suceso al monje, quien el sábado siguiente quiso ser testigo del hecho, si se repetía, lo que acababa de contar el rapazuelo.

»Así aconteció. A la misma hora oyose la música, y apareció de nuevo la luz celestial. Acercose luego el monje a las breñas de donde salía el resplandor, y encontró una bella imagen de la Virgen María.

»Voló la noticia del hallazgo por las alquerrías comarcanas, y la imagen fue colocada en el humilde templo parroquial de San Pedro de Escorca.

»Al día siguiente, cuando los fieles acudieron a la iglesia para adorar la milagrosa efigie, había desaparecido y volado otra vez al sitio de su aparición. Con esto comprendieron todos que la Virgen quería ser venerada en aquel dichoso lugar» (5).

Algunos autores niegan con rotundidad el feliz descubrimiento y hablan simplemente de la necesidad de levantar un lugar religioso para atender a las necesidades de los pocos habitantes de aquellas apartadas y difíciles tierras.

Demasiada sencillez que no explica de ninguna manera la rapidez con que se acercaban hasta este templo abundantes peregrinos.

Existe un texto totalmente documentado en el «cual el propietario de la alquería de Lluch, Guillermo Sa Coma, quería devolverla a sus antiguos señores, a causa de los graves perjuicios que le irrogaban los

hombres que iban a velar junto a Santa María de Lluch, cuya iglesia estaba junto a la alquería» (6).

La afluencia de gentes era de tal magnitud, que al no poder alojarse en el santuario y muchos acudían tras viajes de varios días, se hospedaban donde podían, causando los desperfectos a los que se refiere el propietario.

Si estos hechos pueden ser considerados masivos en el siglo XIII, en el XIV ya eran multitudinarios.

En 1322 Bernardo Sa Coma cede a los de Escorca, todo el terreno necesario para levantar un albergue de peregrinos junto a la iglesia. Más tarde Francisco Sa Coma, en 1340, dona otra extensión de tierra frente a la iglesia, que se convertiría después en plaza para los peregrinos.

Las donaciones de tierras siguen, como las necesarias para construir la casa del custodia o donado del lugar. Esta vez tuvo que hacerse bajo la presión del propio rey Pedro IV de Aragón, que estaba empeñado en el mayor esplendor del santuario. Terminaron incluso por reparar un amplio y más cómodo camino, en el que estaban esculpidos siete monumentos dedicados a los Siete Gozos de Nuestra Señora, devoción mariana más en boga en aquellos momentos.

Muy pronto se plantea la necesidad de una mejor atención religiosa cercana y estable. Primero una intervención directa con la parroquia de Escorca, gestionada por el militar Tomas Thomas al servicio de Alfonso V, quien logró que la parroquia de Escorca y en la persona de don Bernardo Durán, se trasladara al santuario el año 1456. Más tarde, considerando el servicio insuficiente, se propuso establecer allí una colegiata de clérigos seculares. El fervoroso militar compró los terrenos que rodeaban el santuario. El mismo papa Calixto III, en ese año de 1456, concedió la aprobación a ruegos de Alfonso V. Los nuevos clérigos deberían vivir en el santuario, a manera de religiosos y serían llamados «Canónigos de la Regla de San Pedro».

Los cimientos para el esplendor del santuario estaban en marcha. El abad Gabriel Vaquer (1516-1531) fue su mejor artífice. Se creó un coro de seis niños cantores al estilo de los seises tan en boga entonces y mantenidos por el santuario. Se erigió la cofradía de Ntra. Sra. de Lluch, que se llegó a extender por toda la isla y por todo el archipiélago.

Un período de grandeza en el que el propio Felipe IV dio a Lluch los mismos privilegios que a Montserrat y Carlos III, ennobleció la iglesia con el título de «Capilla Real».

Junto a los privilegios temporales, se ven correspondidos por múltiples gracias espirituales gracias a los favores prestados por los Papas, algunos tan interesantes como los ya concedidos por Calixto III, ahora por los también Pontífices Alejandro VI y Clemente VIII.

«Paulo V, en dos breves distintos declaró dicho colegio sujeto inmediata y directamente a la Santa Sede. Últimamente, Pío IX concedió indulgencia plenaria a los que visitasen el santuario en las principales festividades de la Virgen, y el glorioso León XIII selló la protección de sus predecesores con multitud de gracias y privilegios» (7).

«La devoción a la Virgen de Lluch, acumulada en el corazón de los mallorquines a través de tantas generaciones, tuvo una manifestación apoteósica en 1884, cuando su imagen fue coronada pontificalmente por el obispo don Mateo Jaume en nombre y autoridad del Papa León XIII. En aquel día fue aclamada como Reina de Mallorca por 10.000 peregrinos, que allí se habían congregado, subiendo a pie por el áspero camino, pues aún no estaba hecha la actual carretera» (8).

«La imagen coronada es de piedra fina, de unos tres palmos de alta, Es una hermosa escultura de mediados del siglo XIII. Es una de las imágenes en que aparecen unificadas la belleza plástica de la estatuaria pagana y la mística rudeza de las vírgenes románicas y bizantinas; y que a su vez da ventajosa idea de la escultura cristiana en los tiempos anteriores a la dominación sarracena, desde la cual yacía enterrada.

»El color de su tez es moreno, su expresión simpática y graciosa, su actitud tranquila, sosteniendo en su mano izquierda al Niño Jesús que lleva en el libro abierto el alfa y la omega, y apuntándole con su derecha.

»Los pliegues de su manto y vestidura caen correctos, elegantes y artísticos, formando curiosa fimbria, ceñida su túnica al cuerpo con una estrecha cinta» (9).

En 1891 hubo un cambio radical en la atención religiosa al santuario. El obispo don Jacinto María Cervera dispuso que se hicieran cargo del santuario los recién fundados Misioneros de los Sagrados Corazones.

Y como a todos los bienes de la Iglesia, también a Lluch le tocó la incautación de sus bienes, que fue realizada por orden del Gobierno en 1897. A pesar de ello, la irradiación religiosa del santuario ha seguido creciendo. En nuestro siglo se han realizado obras importantes en el templo y en el camarín, hasta el punto de que el Papa Juan XXIII concedio a la iglesia, en 1962, el título de «Basílica». Ahora incluso tiene su propio museo con obras muy importantes. Llama la atención otra imagen del siglo XV, tan bella como la titular y que nos sugiere la idea de pudo existir otra más antigua que todas ellas.

Un capítulo aparte merecería la copiosa literatura en torno, sobre todo, al hallazgo milagroso de la imagen, que también ha sido recreado por multitud de pintores.

De don Miguel Costa copiamos un párrafo de sus bellas canciones dedicadas a la Virgen:

«Dau l'oli pour a la serra,
donau al pla fants de vi
i sia el fruit de la terra
semblança d'un fruit mes fi.
Donau sempre bona anyada
de caritat i de pau...
Verge de Lluch coronada,
damunt Mallorca reinau!» (5).

BIBLIOGRAFÍA

José Pla: *Mallorca. Menorca. Ibiza*. Edit. Destino. Barcelona, 1970. Pág. 224 (1). Pág. 230 (2) y (10).

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Pág. 2288 (3), (6) y (8).

Joaquín Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit. Felipe González Rojas. Madrid. Pág. 291 (4) y (5). Pág. 310 (7). Pág. 295 (9).

NUESTRA SEÑORA DE LA FUENSANTA
MURCIA

En la filosofía de las religiones aparece con claridad que la contemplación de la belleza lleva al hombre al descubrimiento de la suma belleza que es Dios.

Este descubrimiento resulta válido para todas las creencias y también para la cristiana. Pero en la Iglesia se manifiesta con unas características especiales, porque resulta bastante normal que nosotros nos acerquemos hasta la belleza suprema, descansando primero en el reflejo orientador de la mujer ligada a Dios, cual si se tratara del alba que precede al gran sol.

Ese reflejo de belleza además satisface las apetencias de los humanos que nos sentimos atraídos por lo femenino. Nuestra religión, que no violenta para nada nuestras tendencias, sino que las encauza, ha sabido poner en el cielo de sus creencias un toque femenino situado en los dinteles de lo divino. Ese papel está reservado a María.

Basta un pequeño itinerario por los lugares proverbiales de este tipo en nuestra geografía y encontraremos ratificado cuanto decimos. Ahí están hitos tan singulares como Montfragüe, Montserrat, Aránzazu, Segorbe, Roncesvalles, Peña de Francia y mil más.

Pero junto a aquellos que gozan de justa fama encontramos otros menos conocidos, pero también extraordinariamente bellos. Es el caso de la Virgen de Fuensanta donde culmina la legendaría belleza de la huerta murciana, convirtiéndose en sentimiento de oración gracias a una cadena de cerros a modo de corona refulgente que separa la huerta del campo.

La imagen de la Virgen, patrona de la ciudad, es una escultura del siglo XV, casi de tamaño natural, que se nos muestra adornada de lujosas galas de mantos y vestidos. Ahora lleva en su mano izquierda al Niño y en la derecha empuña un bastón de reina, generala y madre de todos los murcianos.

La excepcional belleza de una imagen tan singular, aunque la historia sepa definirla con los cánones artísticos de una época concreta, los murcianos dejan volar su imaginación y también quieren que sea una de las primeras imágenes de los cristianos. Incluso se remontan

para ello a los tiempos apostólicos, creyéndola uno de aquellos hermosos ejemplares regalados por los apóstoles a los primeros obispos y predicadores de la Iglesia y que ellos dejaban depositadas en sus iniciales cristiandades.

Hay una página muy interesante respecto a la imagen de la Virgen, escrita en 1802 por el escultor Roque López, discípulo de Salzillo, con motivo de su restauración y que nosotros copiamos de don Joaquín Pérez Sanjuán:

«La parte superior de la imagen, esto es, la cabeza y cuerpo hasta la cintura es de una madera tedosa, madera durísima, insipida, desjugada y sin sustancia, e intratable y casi impenetrable al escoplo y aun al cincel, por lo que costó mucho trabajo el ahondarle los huecos de los ojos mucho más de lo que había costado el renuevo de las otras imágenes antiguas.

»Que dicha madera es y será muy durable por dicha solidez y porque en ella no hay ya sustancia, humedad ni otra disposición por donde pueda juzgarse corruptible por sí o de sí misma, si algún otro accidente no la destruye.

»Que dicha madera es cortada muchos siglos hace según se advierte en lo desfigurado y árido de sus àrtes leñosas y tedosas, que según su saber y entender y por los acontecimientos que le han prestado el continuo ejercicio de su facultad, y lo que tiene observado en otras imágenes antiguas que ha renovado, que son muchas de este y otros obispados, juzga y aún asegura que esta imagen de la Virgen de la Fuensanta, es antiquísima y de tiempo inmemorial.

»Que ha observado que anteriormente ésta ha sido retocada y colorida por tres veces sobre su primera encarnación, que el cotejo que hace en su juicio con otras que se tienen por antiquísimas es de parecer que esta hechura se hacía en tiempos de los godos, se entiende la cabeza y cuerpo hasta la cintura, que el Niño es obra de un célebre maestro (que nombra) y era cuanto podía decir en su saber y en su conciencia» (1).

Todo esto nos lleva a pensar que nos hallamos ante una imagen muy interesante por su antigüedad. Imagen que puede haber sufrido diversas adaptaciones para acomodarla al gusto de cada época. El Niño,

desde luego, fue añadido en 1694, cuando la imagen comenzó a ser llevada en rogativas.

La época en que don Roque López, «le aplicó corona y rostrillo», con intenciones de estar coronada. (2).

La coronación tendría lugar en 1927, con coronas realizadas por el orfebre madrileño Antonio Heran Matey y sufragadas por todos los murcianos.

Situados sus orígenes en épocas tan primeras, tiene que hablarse también de la purificación y el retiro de ser escondida en el siglo VIII, cuando llegaron los musulmanes, para volver a ser descubierta en la Reconquista.

En defensa de estas ideas para la Fuensanta, si no para la imagen actual, sí hay que pensar en un culto mariano en aquel lugar, antes incluso de existir la imagen designada con el título de «Virgen de las Fiebres».

Ese culto a la Virgen estaría localizado en una ermita de ese sitio de los Algezares, por el impulso de santos eremitas que sobre aquella colina daban gloria a Dios, en nombre de la ciudad que tenían a solo seis kilómetros y de la belleza de la huerta que casi comenzaba a sus pies. Algo que encontramos repetido en Levante en el llamado Desierto de Las Palmas de las proximidades de Castellón.

Como retiro penitencial llegó a gozar de tal fama que en el año 1610 se retiraron aquí la comediante Francisca de la Gracia y su esposo Juan Bautista Gómez, alejándose de Madrid para vivir en una cueva próxima a la ermita, haciendo vida de penitencia hasta su muerte.

Con este motivo, un nuevo santuario sustituyó a la vieja ermita, para ser trasladada hasta aquí una imagen que se veneraba en la catedral con el título de «Virgen de Fiebres», y que pasó a designarse con el nombre de Virgen de la Fuensanta, aludiendo a la fuente que se hallaba en la cueva.

«El santuario construido en 1694 es de planta de cruz latina con tres pilastras a cada lado y con arcos entre las tres capillas a derecha e izquierda.

»En ellas había imágenes barrocas del Calvario, San Cayetano, San José, San Blas y Santa Bárbara. También había algunos lienzos en los retablos barrocos. El retablo mayor, churrigueresco, tiene columnas

y estípites con imágenes a los lados. En los intercolumnios hay lienzos que representan a San Joaquín, San José y San Fulgencio, obras de Joaquín y Antonio Gras, discípulos de Dupar. Son del estilo de las esculturas del retablo mayor. Obras de este estilo se encontraban, hasta 1936, con relativa frecuencia en las iglesias de la provincia.

»El antiguo camarín, en el retablo, con su ingreso cubierto por un lienzo con la efigie de la Virgen, estaba firmado por el escultor Antonio Dupar, autor de los relieves.

»La fachada del edificio es del 1705, obra de Toribio Martínez de la Vega. Tiene imágenes toscas, parecidas a las de la portada de la Merced. Por este motivo, algunos las han considerado obras del mismo autor, hasta que recientemente se ha descubierto que esta última es obra de José Balaguer. En la fachada de la Fuensanta, un grupo de ángeles de piedra cierra la hornacina de la Virgen. Aparecen además las imágenes de los santos Fulgencio y Florentina.

»Dos torres recientemente restauradas en su barroquismo y media naranja coronan el edificio. Las seis vidrieras antiguas eran del maestro Antonio Rodríguez, quien las entregó en 1705 al precio de 1.400 reales de vellón (3).

Desgraciadamente de todo esto «en 1936 solamente se salvó la imagen de la patrona de Murcia, que fue cuidadosamente escondida».

«Se procedió más tarde a la restauración de los accesos al santuario bajo la dirección del murciano insigne y notable bibliófilo don José Alegría. A él se deben entre otras muchas cosas el Vía crucis que conduce al santuario» (4).

Al llegar la paz posterior a la Guerra Civil, se acometió la ingente tarea de restaurar lo perdido. Se nombró una junta responsable de tan ingente empeño.

Realmente se ha conseguido una obra digna de merecidos elogios, desde todos los puntos de vista. Otra vez destaca el retablo mayor de estilo barroco y tallado en Granada. Los relieves son del escultor murciano Juan González Moreno y las pinturas de Pedro Flores.

Las fiestas del santuario se vienen celebrando dos veces al año y para ello es trasladada la imagen a la catedral.

La primera semana de cuaresma en solemne procesión por las calles de la ciudad llega hasta la catedral, donde permanece hasta el primero de mayo, cuando se la devuelve a su templo en solemne romería.

La segunda bajada tiene lugar el primer jueves de septiembre, para permanecer quinces días en la ciudad y regresar de nuevo entre atrayentes festejos populares.

Como momentos importantes o actos de piedad excepcionales a lo largo de la historia hay fechas notabilísimas, sobre todo a patir de 1429, cuando se hacen alusiones por límites, donativos, inventarios, etc.

Rogativas excepcionales en 1694 para pedir la lluvia. Oraciones especiales con motivo del cautiverio de Fernando VII en Bayona. O los múltiples penitentes que se retiraban al lugar siguiendo el ejemplo de Francisca de Garcia y su esposo.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Pág. 2267 (2) y (3) y (4).

J. Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Edit. Felipe González Rojas. Madrid. Págs. 192-208. Pág. 195 (1).

SANTA MARÍA DE RONCESVALLES
NAVARRA

Pocos lugares de nuestra geografía han concitado tanto interés como Roncesvalles. La geografía, la arqueología, la historia, la literatura, la música, la religión, tienen páginas deudoras a este sitio convertido en uno de los más importantes puntos de unión entre Francia y España. Parece incluso que allí la misma frontera actual quisiera traducir las disputas históricas localizadas en este lugar.

El puerto de Ibañeta (1.025 m) es uno de los pasos obligados para comunicarnos con el país vecino y Europa, si no queremos acercarnos a la misma costa. Fue esa preferencia la que hizo a los antiguos elegir este desfiladero.

Las mismas civilizaciones prehistóricas transitaron por estas rutas y las marcaron con dólmenes y menhires. También los romanos deja-

ron constancia muy significativa de la utilización romana, como lo confirman algunos testimonios encontrados en los altos del collado.

Pero el hecho histórico que va a quedar asociado a este lugar, más o menos envuelto en leyendas, es el episodio de Roldán.

Regresaba Carlomagno de una de sus incursiones en España y habiendo cruzado ya el desfiladero descansaba en Valcarlos. Le seguía un tanto distante Roldán al mando de la retaguardia cuando fueron atacados por los vascones asentados en las alturas de Ibañeta. En vano hizo sonar su famoso cuerno de marfil Olifante pidiendo auxilio a su jefe. La derrota fue total. Murieron, según la leyenda, Roldán, los Doce Pares y la flor y nata de los caballeros franceses.

La leyenda también quiere y enseñan una roca donde el héroe francés antes de morir quiso partir su espada Durandal para que nadie la pudiera enseñar como trofeo. Para recordar el hecho al Sur de la colegiata se alza la iglesia de Santiago y el cementerio de Sancti Spiritus, que hasta el siglo XVIII al menos tenía los muros decorados con pinturas alusivas a la batalla de Roncesvalles. Es aquí donde la leyenda sitúa enterrados a los héroes muertos el año 777 (778) y la peña partida por Roldán.

Como agradecimiento encontramos un monumento dedicado a Roldán y más lejos el «Bosque de las Lanzas Floridas», «de las 53.066 doncellas militarizadas que, muertos los soldados, engrosan las filas del ejército de Carlomagno» (1).

Pero lo que realmente va a dar relevancia al lugar serán las peregrinaciones a Santiago de Compostela, porque van a elegir este itinerario para caminar desde Centro-Europa.

Ibañeta se ha convertido ahora en un símbolo de estación histórica y legendaria. Una ermita levantada en 1965 recuerda el monasterio de San Salvador, que al menos desde el siglo XI, al atardecer dejaba oír los tañidos de sus campanas para orientar a los peregrinos antes de que los amedrentara la noche.

Una cruz adherida a la capilla recuerda la que clavó Carlomagno y oró mirando hacia Compostela. Un gesto ahora imitado por los que se acercan hasta el lugar. Ya están en tierras españolas o simplemente van a comenzar su andadura para terminar en Santiago de Compostela.

Por eso aquí a partir del siglo XI principalmente se levanta un vasto complejo para peregrinos en el que destacan la imagen y la iglesia de la Virgen, el hospital, varias capillas y el poblado de Burguete, típica estación de asilo y hoy lugar llamativo de veraneo.

La leyenda, como siempre, se encargará de justificar y explicar un lugar tan sofisticado y excepcional.

Cuenta la leyenda, muy anterior a la actual imagen del siglo XIV, que existía en este sitio una comunidad monacal fundada por el propio Carlomagno y que daba culto a una imagen de María. Ante el peligro musulmán, la imagen fue escondida y los monjes marcharon a Francia. Tardaron en volver o quizás supieran muy pocos del escondrijo anterior a su huida, el hecho es que nadie se acordaba de la Virgen escondida. Tuvo que ser el cielo el que flexibilizara la memoria de los hombres.

Los pastores de aquellas sierras veían cruzar ante ellos un ciervo que luego se arrodillaba en un prado. Mientras permanecía en esta posición el animal se mostraba envuelto en una luz vivísima y se oía el cantar celestial de unos ángeles.

Los pastores extrañados hicieron llegar la noticia al propio obispo de Pamplona, que tomó el hecho a ilusión nocturna de los pastores. No hizo caso.

Ante la indiferencia episcopal, el propio prelado recibió una embajada angélica para que se dignara acercarse al lugar señalado por los pastores. La reina Oneca formó parte de la pequeña embajada que se desplazó a comprobar los hechos. Y en efecto, a la hora puntual, delante de sus ojos se repitió la escena milagrosa del ciervo.

El obispo mandó excavar el lugar y apareció la imagen ocultada años anteriores.

A partir de aquí todo fue fácil y surgieron las distintas construcciones que comenzaron entonces, pero que siguen ampliándose incluso en nuestros días.

Parece ser que fue el Hospital de Peregrinos el que puso los fundamentos de la vitalidad del lugar.

Lo inició el obispo de Pamplona Sancho Larrosa, con la ayuda del rey Alfonso I el Batallador, ante el auge que estaban tomando las peregrinaciones.

Probablemente hubo una primera fundación encomendada en 1127 a tres clérigos y a una cofradía, puestos todos bajo la advocación de la Santísima Virgen.

Pronto se buscó un mejor emplazamiento y se instaló en la llanura, al pie de la vertiente meridional del puerto. Se encomendó la fundación a unos clérigos que profesaron la regla de San Agustín, designándose con el nombre de Canónigos de San Agustín, aprobados más tarde por el papa Inocencio II en 1137.

Cuando en el siglo XII comienza la espectacular expansión de Roncesvalles, la fundación se convierte en centro de posesiones y riquezas excepcionales, que propiciarán una expansión e importancia singulares. Durante varios siglos, hasta la Reforma Protestante, Roncesvalles, servirá de centro social y religioso para gran parte de Europa y España.

Aunque descendió el número de peregrinos con los protestantes, fueron las leyes desamortizadoras del siglo XIX las que asestaron un duro golpe a la colegiata y la privaron de parte de sus bienes. No obstante el Cabildo de Canónigos siguió en el lugar y pudieron conservar algunos pocos de los territorios que les rodeaban.

En 1983, por orden episcopal, con la correspondiente aprobación pontificia, el cabildo pasa a depender directamente del arzobispado de Pamplona. Aunque el número de canónigos fijados se reduce a once, van a seguir con su ejemplar campaña en favor de los peregrinos y caminantes.

A pesar de tanto, el hecho devocional de Roncesvalles será la imagen «Santa María de Roncesvalles» y su correspondiente iglesia o colegiata.

La Real Colegiata fue edificada por Sancho VII el Fuerte, entre los años 1194 y 1219, año de su consagración. Existió un templo anterior fundado en 1130 por Alfonso I el Batallador.

La actual iglesia consta de tres naves sin crucero, separadas por columnas que soportan los nervios de las bóvedas ojivales. En un piso superior sobre las naves laterales se abren los ventanales y en el fondo rematan tres de mayores dimensiones.

Delante de ellos en el testero se levanta un baldaquino de plata, obra del barcelonés Suñer y copia del que se halla en la catedral de Gerona, debajo del cual se encuentra el altar y la Virgen.

La fachada es sencilla con puerta de arco moldurado, sobre el que han abierto un tímpano moderno. Al lado izquierdo de la fachada encontramos la torre cuadrada.

La construcción, muy influenciada por el gusto francés, ha sufrido diversas transformaciones por causas tan distintas como los incendios de 1445 y 1616 o los daños ocasionados por las distintas guerras.

El elemento más singular de todo Roncesvalles ahora es su singular imagen de Santa María.

Nos hallamos ante una talla realizada en Toulouse a finales del siglo XIII o principios del XIV. La Virgen aparece sentada, con la cabeza inclinada hacia su lado izquierdo para mirar al Niño que delicadamente erguido trata de acariciarla. Con la mano izquierda la Virgen sostiene a su Hijo y con la derecha empuña un adorno vegetal. El Niño lleva en la mano izquierda una esfera y se levanta sobre su Madre en una posición muy original y poco frecunte.

El rostro de la Virgen es de una singular belleza, pocas veces igualada. Toda la imagen va forrada de plata a excepción lógicamente de las manos y los rostros.

La talla es una de esas llamadas Vírgenes Tabernáculo o Sagrario, que llevan por detrás un pequeño tabernáculo, tal vez destinado a guardar las especies sacramentales.

La devoción que ha despertado la Virgen trasciende la propia región y llega a Francia. Incluso algunas otras imágenes la tomarán como modelo. Las dádivas y regalos que ha recibido son incontables. Con un grupo selecto de ellos se ha podido abrir un museo con piezas tan codiciadas como un Evangeliario de los Reyes de Navara (siglo XII), un cofre gótico mudéjar (siglo XIII), el Ajedrez o Relicario de Carlomagno (siglo XIV), la Virgen del Tesoro, (siglo XIV), (siglo XVI), un tríptico de El Bosco (siglo XV), la Sagrada Familia de Morales (siglo XVI) y otras importantes piezas de orfebrería religiosa.

En su aspecto cultual, lo más llamativo son los miles de peregrinos que cada año se arrodillan a sus pies para comenzar el Camino de Santiago.

Dentro de las celebraciones anuales hay que destacar la procesión del valle de Arce, que se viene celebrando desde el siglo XVI. Formaban en ella romeros de todos los pueblos cercanos y en la venta de

Burguete se organizan en majestuosa y escalonada procesión, agrupados los pueblos y presididos por sus cruces parroquiales y otras particulares, que pueden llegar hasta las cien cruces. En las cercanías del santuario son recibidos por el abad y así entran en la iglesia para celebrar los actos religiosos.

BIBLIOGRAFÍA

El Camino de Santiago. Guía del Peregrino. Edit. Everest. León, 1985. Págs. 26-28. Pág. 26 (1).
C. Enríquez de Salamanca: *El Camino de Santiago*. El País. Aguilar. Madrid, 1991. Págs. 70-74.
Santuarios Marianos de Navarra. Edic. Encuentro. Madrid. Págs. 69 y ss.
Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2.335.

SANTA MARÍA DE ROCAMADOR
SANGÜESA Y ESTELLA (NAVARRA) OTRAS LOCALIDADES

Los franceses se llevan la palma en la apropiación de mensajeros apostólicos que les predicaran el Evangelio de Jesús en aquellos momentos iniciales de la difusión del cristianismo. Lo defienden con convencimiento y lo hermosean con significativas leyendas.

A nosotros los españoles, por el contrario, nos cuesta trabajo aceptar la más verosímil llegada a nuestras tierras de Santiago o San Pablo.

Los creyentes de la nación vecina se apropian a los personajes más atractivos y poéticos que se asoman al Evangelio. A Francia, dicen, llegaron Lázaro, Marta, María, Zaqueo y la Verónica.

Se ha de conceder que resulta extremadamente emotivo ver a María Magdalena y a la Verónica comprometidas, primero, en el proceso de Jesús y, después, en la no menos comprometida difusión de su doctrina.

El gesto de aquella mujer audaz, valiente, única, que se asoma a la calle de la Amargura y ante el pasmo de la temible caravana abraza y limpia el rostro de Jesús, resulta una acción que se recordará hasta el final de los siglos.

Para elevar la emoción legendaria, a la tal Verónica se la hace esposa de Zaqueo, el simpático personaje, que, para ver a Jesús, se sube a una higuera y cuando baja es para obsequiarlo con un banquete en su propia casa.

La dama, pues, que serviría la mesa en aquella ocasión, tomó buena nota del rostro de su invitado y no consintió mirarlo en el cruel gesto doloroso de caminar ensangrentado.

Cuando llegó el momento de la Ascensión y Cristo les dio la consigna de ir al mundo entero a predicar el Evangelio a todas las gentes, los que estaban allí, y la Verónica era una, comprendieron que les afectaba también a ellos sin evasiva alguna.

Generosos y comprometidos con la fuerza del Espíritu se repartieron por todo el mundo conocido, de forma que en pocos años a todos los hombres alcanzaba su pregón y hasta los límites del orbe su mensaje.

Como los judíos, en aquellos iniciales momentos de la predicación mesiánica, no eran hostiles, sino sólo extraños a la nueva doctrina, no tuvieron inconveniente en llevar a los predicadores hasta sus factorías y colonias extendidas a lo largo del Mediterráneo.

En uno de esos viajes llegó al Sur de Francia un matrimonio judío, allí desconocido, con el objetivo único de anunciar la nueva doctrina, en la que ellos mismos eran destacados protagonistas. Su campo de acción misionera comenzó en Montagne-sur-Mer, un bello paraje del Sur francés.

Como la vida apostólica siempre resultó difícil, aunque sobrase espíritu, los cuerpos y más los femeninos notan las huellas de la entrega y el esfuerzo.

Verónica muere en Francia como una heroína de la nueva causa. Su esposo, Zaqueo, no puede resistir el impacto de aquella pérdida y se retira a «un paraje agreste y casi inaccesible, donde hizo vida de anacoreta por mucho tiempo en una caverna lóbrega, situada sobre los escarpados bordes de un barranco», junto al río Alzou.

En su gruta, para consolarse de la pérdida de la esposa, junto a otros recuerdos, guardaba quizás una rústica imagen de aquella mujer que daba sentido a todas las mujeres creyentes y amor a todos los hombres honestos, María la Madre de Jesús.

El mismo Zaqueo o alguien con sus descripciones y recuerdo pudo labrarla, cuando oyera el fervor imantado con que el predicador hablaba de ella y de su Hijo. Verían que gracias a eso se sentía capaz de vivir, honesto y penitente, sin necesitar otras mujeres.

Las gentes de la región, unos curiosos, otros convencidos, comenzaron a visitar al solitario de la cueva, que encima vivía de limosna.

Ellos mismos se contagiaron de sus costumbres, oraciones y afectos. Terminaron todos por venerar lo que el anacoreta veneraba. Poco a poco la idea como novedosa se sintetizó en una palabra afectuosa llamando al ermitaño «el Amador» y al lugar «Roc-Amadour», Roca del Amador.

Algunos piensan que no existió esa imagen primitiva. Bastaba la presencia del pequeño solitario para concitar el afecto con que ellos le habían designado: Un hombre sumido en aquellos pensamientos místicos de recuerdo y nostalgia a su mujer Verónica. Poco a poco fueron luego evolucionando hacia la Mujer de las Mujeres que Zaqueo les aseguraba haber subido a los cielos en cuerpo y alma.

Conforme crecía la reputación del anacoreta, aumentaba el culto a sus devociones y con toda probabilidad a la imagen negra que él veneraba. Fruto de este sentimiento religioso se levantó allí una ermita.

La tradición no dice en qué momento desapareció el fervoroso Zaqueo. Algunos piensan que volvió a Jerusalén y allí llegó a ser obispo de la ciudad en cuarto lugar, a contar de Santiago, el primohermano del Señor.

Pensamos que se trata de una mala interpretación. El hecho de que exista un Zaqueo entre los obispos de Jerusalén no significa que ése sea el mismo del Evangelio.

Los franceses, desde luego, muestran el sepulcro de Zaqueo. «Está excavada en una roca, bajo una capilla romana, en parte natural y en parte construida».

Lógicamente, ya sin Zaqueo, siguió la primitiva capilla. Aunque rústica y pobre por su estructura, los prodigios allí obrados causaban extrañeza singular y el impacto de la devoción y hasta la misma imagen siguieron siendo visitadas en los siglos posteriores.

Por eso en aquel sitio surgió cerca de la roca un albergue, luego un castillo, más tarde un poblado y al final un santuario. Romeros y peregrinos acudían unas veces para rezar, otras para defenderse.

El lugar, situado en la comarca de Quercy, nos parece de ensueño. Ahora es un complejo de monumentos levantados entre los siglos XII y XV, comunicados por escaleras centenarias. Allí sigue la capilla de la Virgen relacionada con la imagen negra esculpida por Zaqueo.

De los siglos IX y X se conservan documentos de los milagros acaecidos. Poco antes de morir en Roncesvalles, el valeroso Rolando fue a Rocamador como peregrino el año 778. En lo alto aparece colgada una de sus espadas.

Ante esta imagen se han postrado santos, reyes y príncipes. Los obispos y papas han concedido indulgencias y años santos. Fue priorato, colegiata y siempre famoso santuario. «Las edificaciones destruidas varias veces volvían a ser reedificadas con más empuje si cabe». Entre los exvotos conservados se encuentra uno de Fenelón en agradecimiento por la curación de su hijo.

A partir de aquí, la devoción a Nuestra Señora de Rocamador se extiende por Francia, Inglaterra, Portugal y España.

A nosotros llega desde Navarra. Dos de sus principales santuarios se levantaron en Sangüesa y Estella, posiblemente en el siglo XII. Las imágenes veneradas en ambos lugares son las propias de la época.

En ese siglo XII, en el santuario de Rocamador de Estella, hay constancia de un prodigio obrado por la Virgen en favor de la infanta navarra, doña Sancha, hermana del rey Sancho VI el Sabio.

Sancho VII el Fuerte de Navarra, en 1201, hace donación de una serie de censos a favor del santuario de Quercy, para que mantenga encendido perpetuamente un cirio y veinticuatro en las grandes festividades.

El prestigio alcanzado por el santuario de Rocamador radica en el hecho de que se halle incluido en el Fuero General de Navarra, redactado por Teobaldo II que reinó entre los años de 1253 a 1270, en cuyo libro tercero, título 15, se concedía un interesante privilegio para los peregrinos.

«El santuario de Estella es célebre en los Fueros de Navarra porque impedía ser molestado judicialmente por deudas por el mero hecho de emprenderse esta romería hasta cumplirla, como si fuese la de Santiago, Roma o Tierra Santa» (1).

Sobre Sangüesa ignoramos en qué momento le llegó la devoción a Ntra. Sra. de Rocamador. Unas mandas habidas en el siglo XII, parecen ratificar que en ese siglo ya era conocida la devoción a esta Virgen. Sin embargo existe una diferencia con la de Estella y es que el destino no va dirigido a Quercy, sino a la de Morlas, cerca de Pau.

En el siglo siguiente ya se hace mención de la Cofradía de Rocamador con fecha de 1351.

Popularizada la devoción a la Virgen de Rocamador, en esos siglos XII y siguientes en nuestra patria, surge la pregunta de cómo llegó hasta nosotros.

Posiblemente tengamos que hablar de dos caminos, que no son contrarios, sino complementarios.

Conocemos las estrechas relaciones entre Navarra y el país de los francos. Así Alfonso I el Batallador no permitió que en Sangüesa se avecindaran otros que no fueran francos, gracias a la extensión del Fuero de Jaca hasta ella. Entonces comienzan a asentarse numerosos forasteros y así surge el «Burgo nuevo», origen de la ciudad. Con estos emigrantes pudo llegar la devoción, ya entonces popular en su región de Francia.

El segundo camino puede deberse a los peregrinos que hacían el Camino de Santiago.

Sangüesa era punto fijo del Camino Aragonés. Entraba por Somport, donde terminaba la segunda etapa y llegaba desde Jaca. Encrucijada de caminos, Sangüesa heredera de la prerromana «Sancosa», aquí existía por los siglos XII-XIII la Iglesia de Santiago.

Al final de la rúa Mayor se levantaba la soberbia colegiata de Santa María la Real, con su majestuosa torre y excepcional potada románica, uno de los conjuntos iconográficos más importantes del románico español. En su interior de tres naves era venerada y se venera la imagen gótica de Ntra. Sra. de Rocamador, talla del siglo XIV.

Esta imagen se ha impuesto como la más representativa del título de Rocamador en España.

Se trata de una talla en la que aparece la Virgen sentada, presentando al Hijo en su brazo izquierdo, mientras la Madre lleva un atributo en el brazo derecho. El Niño lleva un libro en la mano izquierda y en la derecha la bola de la tierra.